

Resonancias del terruño.**Por Ramón M. Quesada.****Últimos días de Cartago***Continuación*

XIV

La tragedia desarrollada en la casa de don Felipe Sancho Oreamuno, que vivía en la calle del Cuartel, doscientas varas al Sur del Parque central, y descrita por su hijo Felipe Sancho Iglesias, reviste los caracteres más sombríos, y ha producido gran consternación, por ser las víctimas doña María Joaquina Iglesias de Sancho, ejemplar matrona, que constituía un preciado ornato de la sociedad cartaginesa, y su hijo Félix, caballero muy estimado por sus bellas prendas personales.

—“Poco antes de las 7 de la noche del 4 de mayo último, dice el señor Sancho, nos encontrábamos en casa, un poco tranquilos, pues aunque en el día había habido dos temblores algo fuertes, desde la 1 de la tarde no habíamos vuelto a sentir ninguno otro. En la sala de la casa, convertida provisionalmente en dormitorio, por quedar más inmediata a la calle, estaba mi madre recostada en su cama, oyendo atentamente la lectura que mi hermano Félix hacía de un periódico en alta voz. En otra habitación mi señora se ocupaba en acostar a los niños; los demás de la casa se hallaban cada uno en su cuarto, y sólo faltaban de doce personas que componíamos la familia, mi padre que estaba en San José, y mis hermanos Gonzalo y Juan Rafael que que acababan de salir a la calle. Yo hacía solo unos trabajos de fotografía en una habitación oscura, cuando de la manera más violenta sentí un sacudimiento brusco de la tierra acompañado de un gran ruido subterráneo, que me llenó de pánico.

No había recorrido dos varas en dirección a la puerta, cuando oí el crujido del maderamen de la casa al quebrarse, y el imponente ruido de las paredes que se desplomaban. Sentí al mismo tiempo sobre mi cabeza el enorme peso del techo, que me sepultaba: todo esto sucedió en el término de dos a tres segundos a lo sumo. Inmediatamente oí entre los escombros,

no muy distante de donde yo estaba, los desgarradores gritos de mi madre que imploraba auxilio; yo hacía otro tanto, pero no llegaba a mí ninguna voz de afuera, nada absolutamente que pudiera hacerme concebir una esperanza, y la desesperación se apoderó de mí.

La casa tenía cielo raso de tela y además de madera. Hice esfuerzos sobrehumanos por romper ó despegar una tabla del techo, pero eran tan gruesas que no me fué posible, y mientras tanto, una inmensa polvareda me asfixiaba. La reflexión me vino, al fin y recordé que tenía fósforos: encendí varios, pues por fortuna me habían quedado las manos libres, pero inmediatamente se apagaban por la falta de aire; saqué de mi bolsillo un cortaplumas que traía por casualidad y comencé a cortar la manta del cielo raso que me tenía envuelto. Entonces ví por un pequeño agujero, entre los escombros que me oprimían, una claridad instantánea, semejante a un relámpago, que me acabó de aterrorizar, pues creí que los alambres de la luz eléctrica estaban incendiándose y que pronto se comunicaría el fuego a los materiales caídos sobre nosotros. Después supe que la claridad que yo había visto era efecto de un bólido que cruzó el cielo enseguida del terremoto.

Seguí trabajando con desesperación hasta que logré sacar la cabeza, y luego todo el cuerpo; corrí presuroso y dí vuelta hacia la entrada de la casa, pues yo había salido por uno de los costados, y lo primero que distinguí, en medio de una densa polvareda, fué la figura de mi esposa con una niña en los brazos (mi hija menor), que me indicaba, llena de espanto, el lugar donde estaban sepultados los demás: ella había salido con la ayuda de mi hermano Alejandro, que como yo, también se había salvado sólo, por sus propias fuerzas. Mis hermanos Gonzalo y Juan Rafael llegaban

en ese momento precipitadamente de la calle, donde les había sorprendido la catástrofe, y juntos emprendimos entonces la tarea de salvar á nuestra madre y á mis otros hijos de quienes apenas se oía un débil clamor, que salía de debajo del montón de escombros.

La oscuridad era completa, la tierra seguía estremeciéndose á cada rato, sordos retumbos subterráneos y multitud de voces y gritos desgarradores que se alzaban de toda la vecindad aumentaban el pavor de aquella noche, cada vez más. Pero ni todo esto unido á la fatiga y á la absoluta falta de herramientas que nos facilitarían el trabajo, podía interrumpir nuestra tarea, y nos despedazábamos las manos porque no había otro recurso. Por fin tropecé con los cuerpos de dos de mis hijos, que tuve la dicha de sacar vivos después de mucho costo, y, sin tiempo que perder, los deposité en brazos del primero que se acercó á recibirmelos. Continuamos apartando obstáculos, ansiosos de salvar cuanto antes á nuestra madre, cuando una nueva pena vino en aquel instante á aumentar el dolor de todos, al oír la voz de alguien que nos decía que nuestro hermano Félix, á quien hasta entonces habíamos creído salvo, estaba también sepultado bajo la ruina, pero nadie podía decir hacia dónde ni en qué sitio podía estar, pues ninguno se acordaba dónde lo había visto la última vez, ni si lo había oído después de caída la casa. Todavía nuestra madre nos hablaba á intervalos con angustiosa voz, y nosotros sin dejar de trabajar, procurábamos infundirle ánimo, mientras la sacábamos, cuando se sintió otro gran sacudimiento, casi tan fuerte como el primero, y en seguida no volvimos á oír más á nuestra amorosa madre. En vano la llamamos repetidas veces, poseídos de la mayor desesperación: el último temblor, sin duda, al remover y apretar más los escombros, acababa de apagar para siempre su maternal acento. Pasaba á la sazón un hombre por media calle con un farol en la mano, y al escuchar nuestras exclamaciones, se acercó, y con ayuda de la luz, pudimos muy pronto descubrir el cuerpo de nuestra madre: una ojeada á aquella escena no más, bastó para convencernos de la horrible realidad. Todos nuestros esfuerzos, no habían sido suficientes para arrebatárle á la muerte la prenda para nosotros más querida, y así

nuestra última esperanza acababa de desvanecerse por completo, al mirar sin vida aquel semblante dulce, que tantas veces habíamos contemplado con amor en las horas de felicidad, como en los días de sufrimiento.

Sentí bruscamente el enorme peso de la desgracia que nos afligía; comprendí la horrible orfandad en que quedábamos, y en medio de aquella inenarrable confusión sintiendo ya que mis fuerzas flaqueaban, alcé con mis hermanos aquellos restos tan queridos y los trasladé al rancho que teníamos en el patio de la casa desde el 13 de abril.

El deber nos llamaba á todos de nuevo al mismo fatídico lugar: necesitábamos buscar á nuestro hermano Félix, pero ya el hombre que nos había alumbrado con su lámpara, para hacer el fúnebre descubrimiento, había desaparecido. La más completa oscuridad reinaba de nuevo en aquel escenario, la lluvia principiaba á caer y el viento soplabá con furia. Corrí como un loco por desiertas calles, en compañía de mis hermanos, en busca de una linterna, pero poco después regresamos todos á la casa decepcionados: nada habíamos podido conseguir, pues cual más, cual menos, todos estaban en las mismas dificultades que nosotros. No podíamos dejar que pasara allí la noche, bajo aquella masa homicida, un miembro querido de la familia, tal vez vivo aún, y sin embargo era imposible, sin una luz, poderlo hallar. Mientras tanto los retumbos continuaban, la tierra seguía temblando como si quisiera amedrentarnos todavía más, y la lluvia principiaba á arreciar. Viendo la inutilidad de nuestro empeño ante aquellas fuerzas desatadas en nuestra contra, decidimos llenos de dolor y desconsuelo refugiarnos en el rancho, á velar por el resto de la noche, el cadáver de nuestra madre, en unión de dos familias vecinas: la de don Federico Quesada, y la de don Pablo Torres, y á esperar con ansia la claridad del nuevo día.

Al fin las tinieblas se fueron disipando poco á poco, á medida que un panorama de desolación y de tristeza se iba presentando con todos sus detalles á nuestra vista. No se había aclarado completamente el día, cuando nos dirigimos al lugar en que había expirado nuestra madre; permanecimos allí un momento pensativos, sin cruzarnos palabra, y saber qué hacer,

cuando mi hermano Alejandro se agachó á recoger algo del suelo, que había llamado su atención y repentinamente se levantó con el semblante demudado. ¡Oh ingrata sorpresa! Lo que Alejandro había descubierto era la cabeza de nuestro desgraciado hermano Félix, que apenas sobresalía entre los escombros.

Principiamos á desenterrarlo inmediatamente, y poco después teníamos la triste satisfacción de colocar su cadáver al lado del de nuestra buena madre, á quien él había hecho compañía hasta los últimos momentos. Aquí llegó á su máximo nuestra pena al notar el desamparo tan grande en que quedábamos, sin ninguna clase de recursos y sin saber á dónde dirigirnos para conseguir algún alimento que ofrecer por lo menos á los niños, hasta que más tarde logramos proporcionarnos algo, cuando comenzaron á llegar provisiones de San José y de otras partes.

Como á las 9 de la mañana llegó nuestro anciano padre á pie desde la capital, en la mayor angustia y sin saber lo que había pasado en la casa: todos corrimos á abrazarlo, y como si obedeciésemos á una consigna preparada, ninguno se atrevió á comunicarle aquella tremenda desgracia,

hasta que al entrar al patio de la casa, y tropezar con dos cadáveres que estaban cubiertos con una sábana tuvimos, con dolor inmenso, que decirle la verdad.

Una escena imposible de contar, sin que el corazón se sienta de nuevo conmovido, se sucedió entonces: mi padre, de pie contemplaba á las víctimas, casi indiferente, por lo extraordinario de la emoción, y todos los demás, grandes y pequeños, nos lamentábamos de aquella increíble fatalidad, que en brevísimos segundos había llenado de luto nuestro hogar, sumiéndonos en el mayor desconsuelo y abatimiento.

Poco más tarde teníamos que soportar la inefable pena de ver salir para siempre de nuestro lado, con dirección al cementerio, aquellos restos venerados, sin un ataúd siquiera, porque no había donde conseguirlo, y en una carreta, que era lo único que se pudo conseguir para el entierro; y tres días después, el compromiso de abandonar, con el mayor sentimiento, aquella ciudad en ruinas, para trasladarnos á Alajuela en busca de un asilo.—